

Don DeLillo

El silencio



Domingo de la Super Bowl. Año 2022. Cinco amigos han quedado para cenar en un apartamento en Manhattan. Una profesora de Física jubilada, su esposo y su exalumno esperan a la pareja que se unirá a ellos tras un accidentado vuelo desde París. La conversación abarca desde las apuestas deportivas hasta el bourbon y el manuscrito de 1912 de Einstein sobre la teoría de la relatividad. De pronto, un apagón deja al mundo a oscuras y las conexiones digitales que han marcado nuestras vidas se cortan.

Don DeLillo completó esta novela pocas semanas antes del advenimiento de la Covid-19. *El silencio* es la historia de una catástrofe diferente y una vuelta de tuerca al poshumanismo como tema central de su obra: si ya habíamos asimilado la tecnología como una parte esencial del ser humano, ¿qué queda de nosotros, de nuestra identidad, si nos vemos obligados a renunciar a ella?

Desde el asesinato de Kennedy hasta el 11-S, DeLillo ha sabido reflejar en sus novelas los hechos que han marcado cada momento histórico. *El silencio* describe una sociedad cuya mayor amenaza ha dejado de ser algo tangible para convertirse en un enemigo invisible, ya sea una pandemia, un ataque informático o el caos financiero.

Índice de contenido

Cubierta

El silencio

Conmemoración

Primera parte

1

2

3

4

5

6

Segunda parte

Sobre el autor

Para Barbara Bennett

No sé con qué armas se libraré la Tercera Guerra Mundial, pero la Cuarta se libraré con palos y piedras.

ALBERT EINSTEIN

PRIMERA PARTE

1

*Palabras, frases, números, distancia
al destino.*

El hombre tocó el botón y el asiento abandonó su posición vertical. Se encontró a sí mismo contemplando la más cercana de las pantallitas que había justo debajo del compartimento de equipaje, aquellas palabras y números que cambiaban a medida que avanzaba el vuelo. Altitud, temperatura del aire, velocidad, hora de llegada. Quería dormir, pero siguió mirando.

Heure à Paris. Heure à Londres.

—Mira —dijo, y la mujer asintió vagamente con la cabeza pero siguió escribiendo en un cuadernito azul.

Se puso a recitar las palabras y los números en voz alta, porque no tenía sentido, ni tampoco efecto alguno, que se limitara a fijarse en los datos cambiantes sólo para perderlos al instante en los ronroneos gemelos de la mente y el avión.

—Vale. Altitud, treinta y tres mil dos pies. Perfectamente preciso —dijo—. Température extérieure, menos cincuenta y ocho ce.

Hizo una pausa y esperó a que la mujer dijera Celsius, pero ella miró el cuaderno que tenía apoyado en la bandeja de delante, pensó un momento y siguió escribiendo.

—Vale. Hora en Nueva York, doce cincuenta y cinco. No dice si es a.m. o p.m. Aunque tampoco hace falta.

Lo importante era dormir. Necesitaba dormir. Pero no paraban de aparecer palabras y números.

—Hora de llegada, seis treinta y dos. Velocidad, cuatrocientas setenta y una mph. Tiempo restante de vuelo, tres treinta y cuatro.

—Me estoy acordando del plato principal —dijo ella—. También estoy pensando en el champán con zumo de arándanos.

—Pero si no lo pediste.

—Me pareció pretencioso. Pero tengo ganas de que nos sirvan ya los cruasanes.

Estaba hablando y escribiendo al mismo tiempo.

—Quiero pronunciar la palabra como es debido —dijo—. Con una a abierta, sonido entre a y o. Crua-song.

La vio escribir. ¿Acaso estaba apuntando lo que decía, lo que decían los dos?

—Celsius —dijo ella—. Ce mayúscula. Es el apellido de alguien. No me acuerdo de su nombre de pila.

—Vale. ¿Y vitesse? ¿Qué significa vitesse?

—Estoy pensando en Celsius y en su trabajo con las unidades de medida centígradas.

—También está Fahrenheit.

—También.

—¿Qué significa vitesse?

—¿Qué?

—Vitesse.

—Vitesse. Velocidad —dijo ella.

—Vitesse. Setecientos cuarenta y ocho k por hora.

Se llamaba Jim Kripps. Pero durante todas las horas de aquel vuelo, su nombre era su número de asiento. Era el procedimiento establecido, el que tenía asimilado, de acuerdo con el número estampado en su tarjeta de embarque.

—Era sueco —dijo ella.

—¿Quién?

—El señor Celsius.

—¿Lo has mirado en el teléfono?

—Ya sabes cómo van estas cosas.

—Te salen buceando de la memoria profunda. Y cuando te venga a la cabeza también el nombre de pila, empezaré a sentir la presión.

—¿Qué presión?

—La de acordarme del nombre de pila de Fahrenheit.

—Vuelve a tu pantalla de vuelo —dijo ella.

—Este vuelo. Todos los vuelos largos. Tantas horas. Va más allá del aburrimiento.

—Enciende la tablet. Mira una película.

—Me apetece hablar. No llevar cascos. A los dos nos apetece hablar.

—Nada de auriculares —dijo ella—. Hablar y escribir.

Ella era la mujer de Jim, Tessa Berens, de piel oscura, orígenes caribeño-europeoasiáticos, poeta cuya obra aparecía a menudo en publicaciones literarias. También pasaba tiempo, en internet, como editora de un grupo consultor que contestaba preguntas de sus suscriptores sobre cuestiones que iban de la pérdida auditiva al equilibrio corporal o la demencia.

Allí, en el aire, gran parte de lo que la pareja hablaba parecía resultado de un proceso automatizado, comentarios generados por la naturaleza misma del viaje aéreo. Despojados de esas divagaciones propias de quien está en habitaciones, o en restaurantes, donde los grandes movimientos se ven mitigados por la gravedad y las conversaciones flotan libremente. Todas aquellas horas sobrevolando océanos o masas continentales enormes, frases abreviadas, un poco autocontenidas, pasajeros, pilotos, azafatas de cabina, palabras que se olvidan todas en cuanto el avión se posa en el asfalto y empieza su rodar interminable hasta una pasarela de embarque desocupada.

Él sería el único que se acordaría de una parte, pensó, en plena noche, acostado, imágenes de gente dormida arrebujada bajo mantas de avión, con aspecto de muertos, la azafata alta preguntándole si quería que le rellenara la copa de vino, el final del vuelo, se apaga la luz de los cintu-

rones de seguridad, la sensación de alivio, los pasajeros de pie en los pasillos, esperando, las azafatas en la salida, todo gracias y saludos con la cabeza, las sonrisas del millón de millas.

—Encuentra una película. Mira una película.

—Tengo demasiado sueño. Distancia al destino, mil seiscientos una millas. Hora en Londres, dieciocho cero cuatro. Velocidad, cuatrocientas sesenta y cinco mph. Estoy leyendo todo lo que aparece. Durée du vol, tres cuarenta y cinco.

—¿A qué hora es el partido? —dijo ella.

—Empieza a las seis y media.

—¿Llegamos a tiempo?

—¿No te lo acabo de leer de la pantalla? Hora de llegada no sé qué no sé cuántos.

—Aterrizamos en Newark, no te olvides.

El partido. En otra vida, a ella le había interesado. El vuelo. Quería estar en su destino sin pasar por ese episodio intermedio. ¿Acaso le gustan a alguien los vuelos largos? Estaba claro que ella no era alguien.

—Heure à Paris, diecinueve cero ocho —dijo él—. Heure à Londres, dieciocho cero ocho. Velocidad, cuatrocientas sesenta y tres mph. Acabamos de perder dos millas por hora.

—Muy bien, te diré qué estoy escribiendo. Muy simple. Son algunas de las cosas que hemos visto.

—¿En qué idioma?

—En inglés básico. La vaca saltó por encima de la luna.

—Pero si tenemos folletos, cuadernillos, volúmenes enteros.

—Necesito verlo de mi puño y letra, por si dentro de veinte años, en caso de que todavía viva, encuentro algo que falta, algo que ahora mismo no veo, en caso de que todavía estemos vivos, dentro de veinte años, de diez.

—Llenar el tiempo. También está eso.

—Llenar el tiempo. Ser aburrido. Vivir la vida.

—Vale. *Température extérieure*, menos cincuenta y siete efe —dijo él—. Estoy haciendo lo que puedo para pronunciar el francés básico. Distancia al destino, mil quinientas setenta y ocho millas. Tendríamos que haber llamado para pedir un coche.

—Cogeremos un taxi.

—Toda esta gente, en un vuelo así... Tienen coches esperándolos. Habrá un barullo tremendo en las salidas. Saben exactamente adónde ir.

—Han facturado el equipaje, la mayoría, o algunos. Nosotros no. Eso nos da ventaja.

—Hora en Londres, dieciocho once. Hora de llegada, dieciséis treinta y dos. Ésa fue la última hora de llegada. Es tranquilizador, supongo. Hora en París, diecinueve once. Altitud, treinta y tres mil tres pies. *Durée du vol*, tres dieciséis.

Decir las palabras y los números, hablar, detallarlos, permitía que aquellos indicadores vivieran un rato, oficialmente señalados, o voluntariamente señalados; el registro audible, pensó él, del dónde y el cuándo.

—Cierra los ojos —dijo ella.

—Vale. Velocidad, cuatrocientas setenta y seis millas por hora. Tiempo restante de vuelo.

Ella había tenido razón, no facturemos el equipaje, podemos encajarlo en el compartimento de cabina. Miró la pantalla y pensó en el partido, brevemente, olvidándose de contra quién jugaban los Titans.

Hora de llegada, dieciséis treinta. *Température extérieure*, menos cuarenta y siete ce. Hora en París, veinte trece. Altitud, treinta y cuatro mil dos pies. Le gustaban aquellos dos pies. Ciertamente dignos de mención. Temperatura del aire exterior, menos cincuenta y tres efe. *Distance à parcourir*.

Contra los Seahawks, claro.

Kripps era nombre de hombre alto, y él era alto, sí, aunque de forma indiferente, y no le costaba satisfacer su necesidad de resultar anodino. No era una cabeza que se me-

ciera con orgullo por encima de la multitud, sino una figura encorvada bendecida con el anonimato.

Luego se acordó del proceso de embarque, todos los pasajeros finalmente sentados, la cena a punto de aparecer, toallitas calientes para las manos, cepillo de dientes, pasta de dientes, calcetines, botellín de agua, almohada a juego con la manta.

¿Acaso sentía un elemento de vergüenza en presencia de aquellos artículos? Habían decidido volar en clase business a pesar del precio porque, en aquella ocasión puntual, habían querido evitar la incomodidad que suponía la falta de espacio de la clase turista en los vuelos largos.

Antifaz, hidratante facial, el carrito con vinos y licores que una azafata pasaba empujando de vez en cuando por el pasillo.

Miró la pantalla colgante y lo que sintió fue la punzada de la indulgencia idiota. Pensó en sí mismo como en alguien de pura clase turista. Aviones, trenes, restaurantes. Nunca quería ir bien vestido. Aquello parecía obra de un segundo yo fraudulento. El hombre del espejo, cómo lo impresionaba la elegancia de su imagen.

—¿Cuál fue el día que llovió? —preguntó ella.

—Estás apuntando el día de lluvia en tu cuaderno de recuerdos. El día de lluvia, inmortalizado. El sentido mismo de unas vacaciones es vivirlas con intensidad. Eso me has dicho. Retener en la mente los puntos álgidos, los momentos y las horas más nítidos. Los paseos largos, las comidas magníficas, las vinotecas, la vida nocturna.

No estaba escuchando lo que él mismo decía porque sabía que era aire rancio.

—Jardin du Luxembourg, Île de la Cité, Notre-Dame, lixiada pero viva. Centre Pompidou. Todavía tengo la entrada.

—Necesito saber qué día llovió. Se trata de mirar las notas dentro de unos años y ver la precisión, el detalle.

—No lo puedes evitar.

—No lo quiero evitar —dijo—. Sólo quiero llegar a casa y mirar una pared vacía.

—Tiempo restante de vuelo, una hora veintiséis. Te diré de qué no me acuerdo. De cómo se llama esta aerolínea. Hace dos semanas, en la ida, una aerolínea distinta, sin pantalla bilingüe.

—Pero estás contento con la pantalla. Te gusta tu pantalla.

—Me ayuda a esconderme del ruido.

Todo predeterminado, un vuelo largo, lo que pensamos y decimos, nuestra inmersión en un tono único sostenido, el bramido del motor, el hecho de que aceptemos que nos tenemos que aclimatar a él, de que lo hagamos tolerable aunque no lo sea.

Un asiento que se adapta a las ganas que tiene el pasajero de que le den un masaje.

—Hablando de acordarse. Me acabo de acordar —dijo ella.

—¿De qué?

—Me ha venido sin más. Anders.

—Anders.

—El nombre de pila del señor Celsius.

—Anders —dijo él.

—Anders Celsius.

A ella le resultó satisfactorio. Que hubiera salido de la nada. Ya apenas surge nada de la nada. Cada vez que un dato olvidado emerge sin asistencia digital, lo anuncias a los demás mientras miras a lo lejos, hacia ese otro mundo donde vive lo que se conocía y se perdió.

—Los niños de este vuelo. Se portan bien —dijo él.

—Saben que no están en clase turista. Sienten su responsabilidad.

Hablaba y escribía simultáneamente, cabizbaja.

—Vale. Altitud, diez mil trescientos sesenta y cuatro pies. Hora en Nueva York, quince cero dos.

—Pero estamos yendo a Newark.

—No necesitamos ver el partido entero.

—Yo no.

—Yo tampoco —dijo él.

—Tú claro que sí.

Él decidió dormir media hora, o bien hasta que apareciera una azafata con el aperitivo previo al aterrizaje. Té con pastas. El avión empezó a dar bandazos de lado a lado. Él sabía que se suponía que no tenía que hacer caso de aquello, y que se suponía que Tessa debía encogerse de hombros y decir: hemos tenido un vuelo muy tranquilo hasta ahora. Se encendió la señal roja del cinturón. Él se ajustó el cinturón y miró la pantalla mientras ella se encogía todavía más, casi doblando el cuerpo sobre su cuaderno. Los bandazos se volvieron serios, altitud, temperatura del aire, velocidad, siguió leyendo los datos de la pantalla pero sin decir nada. Se estaban ahogando en ruido. Vino una mujer dando tumbos por el pasillo, de vuelta a la primera fila después de una visita al lavabo, agarrándose a los respaldos de los asientos para no perder el equilibrio. Voces por el intercomunicador, uno de los pilotos en francés y uno de los sobrecargos en inglés, y él se planteó empezar a leer en voz alta otra vez de la pantalla, pero decidió que sería un caso de obstinación estúpida en plena situación de estrés mental y físico. Ahora ella lo estaba mirando, sin escribir nada, sólo mirándolo, y a él se le ocurrió que tenía que poner su asiento en posición vertical. Ella ya lo tenía vertical, y ahora devolvió su bandeja a su sitio y guardó el cuaderno y el bolígrafo en el bolsillo del asiento. Se oyó un golpe tremendo en algún sitio por debajo de ellos. La pantalla quedó en blanco. El piloto habló en francés, sin explicación posterior en inglés. Jim agarró los brazos de su asiento y luego comprobó el cinturón de seguridad de Tessa y se apretó más el suyo. Se imaginó que todos los pasajeros estaban viendo delante de sí las noticias de las seis, en sus casas, en el Canal 4, esperando la noticia de que su avión se había estrellado.

—¿Deberíamos tener miedo? —dijo ella.

Él dejó la pregunta en el aire, pensando: té y pastas, té y pastas.